

El señor don Juan, que entienda  
Que el batirle sale en vano,  
Manda hacerle dos minas  
Porque el fuerte sea minado.  
Las minas salen furiosas,  
Muy gran parte han derribado  
Del lienzo de la muralla  
Con parte de otro peñasco.  
Hízose gran batería,  
Mas quedó dificultado  
El poderse arremeter  
Por lo que está derribado.  
Los moros, como se vieron  
De las minas maltratados,  
De aquel sitio se retirán;  
Mas al lugar se han entrado  
Sin dejar la batería  
Con guarda, y á mal recado.  
Un soldado de los nuestros,  
Viendo que el sitio han dejado,  
Por la batería sube  
Valiente y determinado;  
Sin ser de nadie impedido  
Al rebelin ha llegado,  
Y tomado ha una bandera  
De nuestro enemigo bando,  
Y con ella se tornará  
Sin ser de nadie enojado.  
Otros soldados, que vieron  
Lo que hizo este soldado,  
A la muralla se suben

Sin ser defendido el paso:  
Toda la gente cristiana  
Al punto hace otro tanto.  
Al arma se toca luego,  
Y arremete todo el campo.  
Los moros que lo han sentido  
Contra sí mal enojados  
Por dejar la batería  
Olivada y sin recado,  
Salen luego á defender  
A los cristianos el paso,  
Y se traba una batalla  
Muy grande por defensarlo.  
Unos llaman á Mahoma,  
Otros dicen Santiago,  
Otros gritan cierra España,  
Mueren el bando renegado.  
Todo el día se pelea  
Hasta que el sol iba bajo;  
Los cristianos con esfuerzo  
La victoria han alcanzado;  
Tres mil matan de los moros  
Que anduvieron peleando,  
Y de niños y mujeres  
Mataron casi otros tantos;  
Dos mil tomaron cautivos,  
Poniendo el lugar á sacco.  
Luego mandará su Alteza  
Que fuese el lugar quemado  
Este fin tuvo Galera,  
Y fué merecido pago.

## CAPITULO XXII.

Desmantelada Galera, el señor don Juan se fué á Baza. Se da razon de las personas de cargos que murieron en Galera, y de los heridos.

La toma y destrucion de Galera se divulgó luego por toda España, y hasta Arjel llegó la noticia, al mismo tiempo en que el Ochalí tenía dispuestos dos mil turcos, todos jezaros y excelentes soldados, para enviarlos á las Alpujarras. Este al punto desistió de su intento, y los demás moros levantados del reino de Granada concibieron tanto terror de lo sucedido, que perdieron enteramente sus buenas esperanzas al ver que un lugar tan fuerte como Galera ya estaba asolado, y habían muerto en él, sin que quedara uno de tantos y tan valerosos moros y turcos. El Ochalí, rey de Arjel, no se atrevió á contrarrestar la gran potencia que el príncipe don Juan llevaba en su campo; pero quien mas tembló del caso fué el capitán Maleh, que tenía allí á la sazón una hermosa doncella, la cual había ido á ver á unas parientas suyas muy cercanas, y hallándose allí cuando se levantó el lugar, murió entre las demás mujeres al tiempo de su rendición. Dicen della que era hermosa en extremo, de modo que la fama de la bella Maleha era celebrada y universal por todo el reino de Granada. Así que se supo la rota de Galera en el río de Almanzora, se dijo también que entre la asolación y ruina del lugar se habían quedado escondidos unos quince moros y moras en partes muy ocultas y secretas, especialmente en el caño ó mina por donde el agua del río entraba en Galera; porque los cristianos, aunque llegaron á aquel sitio, viendo que el pozo tenía agua no se persuadieron de que pudiera haber allí persona viviente, cuanto mas que desde arriba no podía notarse ni descubrirse por dónde entraba la mina, ni la longitud della.

Además pues destos moros y moras de que hemos hablado, se quedaron escondidas otras personas en lugares ocultos, sin que tuviesen noticia dellas los cristianos, que así como acabó la pelea, y siendo ya de noche, se ocuparon principalmente de sacar sus muertos de entre los moros, y juntarlos todos acia una parte para darles sepultura. Los soldados cansados de pelear, y después de haber buscado su provecho durante aquella noche, que fué muy oscura, se recogieron á sus cuarteles, sin cuidar de otra cosa hasta el día siguiente, que debían emplear en el enterramiento de los muertos y en quemar el pueblo, segun se les había mandado. Entre los moros que estaban escondidos, no oyéndose ya rumor de guerra, salió uno á la boca de la mina, y vió que era un río muy de noche, que todo el suelo estaba cubierto de nieve y llovía copiosamente; por lo cual, determinado á saber el fin en que aquello había parado, subió á lo alto del lugar, espantándose de tanta mortandad como se manifiesta por aquellas calles. Yendo adelante con gran recelo, se halló con otro moro que ha-

cia la misma investigacion; y habiéndose reconocido después de haberse causado mucho temor el uno al otro, preguntándose quién eran, dijo el que salió el último, que en el hueco de una casa tenía escondidas ciertas mujeres y criaturas, y que había salido á observar en qué estado estaban las cosas. Que á él le parecía ser muy cómoda la noche, y que el campo estaba descuidado, por lo cual podrían salir de aquel sitio muy á su salvo, y poner en cetro las mujeres y niños. El otro, que había salido al mismo efecto, convino con su parecer, y ambos acordaron que se saliese por la mina del agua, y no por las baterías. Así pues los de la casa se fueron á la mina, y por la boca que salía al río comenzaron á andar de la media noche en adelante, y siguiendo el agua abajo salieron á bastante distancia de allí sin ser sentidos de nadie. Parecía un milagro de Dios que los niños chiquitos no llorasen ni bullesen en aquella sazón, yendo todavía como trastornados por el estruendo de la artillería pasada. Deste modo se escaparon estos y algunos mas por otras partes, ayudados de la oscuridad de la noche, viniendo á juntarse unos y otros al amanecer cerca de la venta del Peral, desde donde, por una travesía que se hace de un pinarejo que va á dar al río de Almanzora, se metieron llorando su desventura, aunque por otra parte contentos de haberse salvado de tan gran peligro, en un lugar que se llama Urraca, siendo ya bien de noche, porque las mujeres no pudieran andar mas.

Por fin, allí se hallaron puestos en salvo, y dando noticia á los del lugar de lo que había pasado, se supo luego por la gente del río de Almanzora, y de allí fué avisado Avenabó, el cual sintió gran pesar, porque tenía prontos quince mil hombres para ir con ellos á socorrer á Galera. En Purchena supo luego el capitán Maleh lo que pasaba, y lo sintió muchísimo por la razon especial de tener á su hermana en Galera; y así triste, pensativo y temeroso, no esperando próspero fin de tales negocios, buscó quien fuera allá secretamente, y averiguara si se hallaba su hermana entre las demás mujeres muertas, ó si estaba cautiva. Por fortuna un mancebo moro, que la amaba mucho y la había servido muchos años pretendiendo ser cuñado del Maleh, dijo que él iría á Galera, y traería noticia cierta de la suerte de la Maleha. Su intento era, en el caso que la hermosa mora estuviese cautiva, ir á echarse á los pies del señor don Juan, ofreciéndose á ser su esclavo, y rescatando á su señora casarse con ella, y quedarse en Huéscar, ó pasarse á vivir á Murcia. Determinado al viaje, el enamorado moro se despidió del Maleh, y montando en un brioso caballo tomó el camino de Galera. Luego que llegó á Orce, que estaba despoblado, entró en una casa que él conocía, y dejó allí encerrado su caballo, con copia de pienso para que se pudiese mantener. Luego á media noche, estando el tiempo lluvioso, entró en Galera, donde le espantó el gran número de muertos que iba encontrando, y con que tropezaba á cada paso; pero viendo que todo estaba tan embarazado, no solo por la destrucion del lugar, sino también por los traveses de las calles, que le hacían perder el tino, aunque sabía muy bien la casa donde estuvo alojada su señora, no quiso continuar su marcha por la confusion de aquellas entradas y salidas, hasta que viniera el día, y con la claridad pudiera acertar el camino por donde había de ir. Se arrimó á una trinchera, sin poder pegar los ojos en todo el resto de la noche, atormentado de su imaginacion, y atemorizado de los aullidos dolorosos de los perros y otros animales, que parecía se lastimaban de su desventura con la pérdida de sus dueños. Al romper del alba el animoso moro buscó un punto de donde pudo descubrir todo el campo del señor don Juan, y quedó admirado de su gran potencia; en seguida buscó la casa donde su señora había de estar, y entrando en un patio della encontró á un lado muchos moros muertos, y mas adelante muchas moras muertas, entre las cuales reconoció muy bien á su querida Maleha, como quien la tenía tan

impresa en el alma. Aunque la mora estaba muerta de tres días, se conservaba tan bella como si estuviera viva, fuera de la estrema palidez que ocasionó la falta de la sangre que había vertido de las heridas. Estaba en camisa la hermosa Maleha, en lo cual manifestó el cristiano que la mató ser de ánimo noble, pues aunque la habían quitado la ropa la dejaron la camisa, que era rica y labrada de seda verde á su usanza.

Al parecer los cristianos acabaron de saquear el lugar y de matar á todos los moros, siendo ya muy de noche el día que entraron en Galera; y aunque el señor don Juan mandó que al siguiente se derribase la muralla, no se había podido hacer por estar lloviendo y nevando de continuo: esta es la causa por que los cristianos aun no habían vuelto al lugar, y la mora se mantenía entre las demás muertas, cubierta con aquella camisa tinta en sangre. Tenia dos solas heridas, y ambas en el pecho, dando mucha compasion ver tal belleza tratada con tan horrible crueldad. Así que el moro vió y reconoció á su señora, oprimido del gran dolor su corazón, la tomó en sus brazos, y echando un raudal de lágrimas de sus ojos la besaba mil veces en la fria boca, y la decía: «bien mio, esperanza de mi consuelo, no pensé yo al cabo de siete años que te he servido alcanzar la gloria de juntar mis labios con los tuyos, aunque fríos, porque la muerte ha triunfado de tu belleza. Cristiano cruel, ¿cómo tuviste valor para sacarla del mundo? ¿quisiste bien algun día? fuiste algun tiempo enamorado? supiste lo que es una mujer hermosa? Di: sí, ó no. Si no lo sabías, no me admiro de tu crueldad bestial; mas si lo sabías, ¿por qué no te acordabas de que fuiste amante, y que esta dama hermosísima que tenías delante de los ojos era un retrato de la tuya, para que detuvieras la mano airada al tiempo de herirla? Si por caso te hubiera enojado ó ofendido algun moro, enhorabuena que en él vengaras tu saña; pero ¿cómo podía merecer esta pena un ángel, criado para ser objeto de adoracion? ¿Pensabas, miserable, que la gloria de un general, cuando triunfa del enemigo, estaba en matar á una beldad, que no se había conocido mayor en el reino de Granada? Mal pensaste y peor hiciste: que semejantes atrocidades son indignas de los que menean las armas; con los varones esforzados debías hacer alarde de tu valor, y no contra quien ningun daño te podía hacer. Cruel, mastate á quien daba vida y muerte con sus ojos, á aquella que tras de su mirar se llevaba mil almas colgadas. Di, villano, ¿si no la mataras, dejaras de alcanzar mayor gloria y provecho, teniendo presa á quien á tantos sabía prender? Yo fuera á buscarla donde la tuvieras, y en lugar de un esclavo hallarías dos, porque te serviera como tal, entregándome en tus manos. Mal lo miraste, cristiano, y yo te juro por el alma de mi bien, que cuanto pueda te he de buscar para darte el galardón que merece tu villana mano.» Y así lo hizo este moro, como se dirá mas adelante; pues muchas veces se hallan las cosas que bien se buscan.

Volviendo ahora al caso, digo, que el moro después de haber desahogado su pasion, y cansándose de abrazar y besar con mil amores á su señora difunta, estaba determinado á aguardar la noche para al abrigo de su sombra poderla sacar de allí, y llevarla consigo al río de Almanzora; pero viendo luego que era caso dificultoso, mudó de intento, y resolvió darla allí sepultura, disimulando cuanto pudo el lugar donde la dejaba depositada. Tomó luego un carbon, y en la pared, que era blanca, escribió en lengua vrbáiga este epitafio:

Aquí la bella Maleha  
Yace, hermana del Maleh;  
Yo el Tuzani la enterré  
Por ser mi señora idea.  
Matóla un perro cristiano;

Mas él me vendrá á la mano,  
Donde perderá la vida,  
Pues de mí bien fué homicida,  
Como pérfido villano.

Luego que el Tuzani (así se llamaba el moro) acabó de escribir el susodicho epitafio, se salió de Galera, siguiendo el río abajo por la mina del agua, teniendo ya de antes noticia della; y como la caballería cristiana se había sepa-

rado de allí, después de rendido el lugar, tuvo el moro la facilidad necesaria para salir del río y meterse por un ramblizo oculto, el cual siguiendo, no fué de nadie descubierto, porque no cesó de nevar y llover; y luego que llegó á Orce tomó su caballo en la casa donde le había dejado, y no paró hasta Purchena. Allí refirió al Maleh cuanto había visto, la gran mortandad de moros, moras y criaturas que halló por las calles y las casas, entre las cuales había encontrado muerta á su hermana, y dádola sepultura; todo lo cual sintió él mucho, y lloró amargamente la pérdida de su amada hermana Maleha, dando ocasion á que sobre esto se hiciera el siguiente romance:

En Purchena está el Maleh,  
Que no osaba salir della.  
Con deseo de saber  
Lo que pasaba en Galera;  
Y estando un día en consejo  
Con muchos moros de guerra,  
Vuelto á ellos suspirando,  
Deste modo les dijera:  
«¿Cómo me desearé saber  
Lo que ha pasado en Galera;  
Cómo sostiene el asedio  
Y cerco que está sobre ella.  
Le daría por mujer  
A mi hermana la pequeña,  
Al que me dijere de saber  
Lo de Galera y de Huéscar;  
Si es ganada, ó no es ganada,  
Si está libre, ó está presa,  
Porque tengo allí á mi hermana  
La que se llaman Maleha,  
Que fué á ver á mis parientes:  
¡Ojalá que allá no fuera!  
Y si Mahoma quisiese  
Decir lo que pasa en ella,  
Yo le hiciera sacrificio  
De una cristiana doncella.»  
Allí habló un moro mozo,  
Diciendo desta manera:  
«Ofrezco hacer ese viaje  
Por ganar tan alta empresa.  
Siete años serví á tu hermana  
Sin alcanzar cosa della,  
Porque veas si es así  
Hé aquí un retrato della.»  
Allí sacara el retrato  
En una hoja pequeña  
De un blanco y liso papel,  
Que cualquier le conociera,  
Pareciendo tan al vivo,  
Que dijeran que era ella.  
Otro día de mañana  
Se saliera de Purchena  
En un ligero caballo  
Que rucio rodado era.  
Borcegui lleva calzado,  
Y un alpargate de seda,  
Lanza y adarga llevaba,  
Y un alfanje en la correa.  
Y en el arzon de la silla  
Una escopeta de piedra,  
Que el moro la entiende bien,  
Que en Valencia lo aprendiera.  
«Toda una noche camina  
Por una áspera sierra,  
Sin temor de guerra cristiana,  
Porque amor va en su defensa;  
Y al tiempo que el sol salía  
Descubre el campo de Huéscar.  
Y allí dejó su caballo  
En Orce aguardó la noche,  
Que entrar oculto quisiera,  
Y allí dejó su caballo  
Con recado que le diera,  
En una casa escondido,

Y él parte por una senda.  
En Galera entraba el moro  
Por sitio que conociera;  
Sin ser de nadie sentido,  
Porque el cielo lueve y nieva.  
El moro se espanta al ver  
Tan destruida la tierra,  
Y de encontrar tantos muertos  
De la batalla sangrienta;  
Y como era ya de noche,  
No puede atinar la puerta  
Do entiende que está su dama.  
O la piensa hallar muerta.  
Y si muerta no la halla,  
Para es cautiva es cosa cierta;  
Aguarda que venga el día  
Para poder dar la vuelta.  
El día siendo venido,  
La casa bien conociera;  
Sin temor se mete el moro  
Hasta el patio, donde viera  
Estar muchos moros muertos  
De cuchilladas muy fieras.  
Mas adentro en una sala  
Vido muchas moras muertas.  
Donde muerta también halla  
A la hermosa Maleha.  
Con lágrimas en sus ojos  
La abraza, y mil veces besa,  
Con palabras muy sentidas  
Solemniza su tristeza:  
«El cristiano hubiese mal  
Que mató tanta belleza;  
Mas yo juro por Mahoma  
De tomar dello la enmienda.  
Con esto el moro buscaba  
Por la casa una herramien-  
ta para poder sepultar  
A su infeliz dama muerta.  
Un azadon ha hallado,  
Y con él hizo una buesa;  
Llorando entierra á su dama,  
Cubriéndola bien de tierra,  
Acia una parte del patio  
Que no fuera descubierta;  
Y en la pared con carbon  
Un epitafio escribiera,  
Que el nombre suyo declara  
Y el de la bella Maleha.  
Habiendo hecho esto el moro,  
De Galera se saliera  
Por la mina que va al río  
Muy secreta, y de manera  
Que de ninguno fué visto  
Por la lluvia que cañera.  
A Orce se vuelve el moro,  
Do su caballo le espera;  
En él buye muy lloroso,  
Y vuelve para Purchena,  
Donde le contó al Maleh  
La ruina de Galera,  
Y cómo á su buena hermana  
Entre otras halló muerta.

Dicen que este moro animoso era de Cantoria, ó de los Vélez, y le llamaban el Tuzani; estaba tenido por muy laudino y valiente, y tan aljamiado, que nadie le pudiera tomar por morisco, habiéndose criado de niño entre cristianos viejos. Así que este llegó á Purchena dando la nueva de lo que había pasado en Galera, y del gran campamento de los cristianos, resuelto á vengar la muerte de su dama, se salió del río de Almanzora en traje de soldado cristiano, tan bien puesto que al verle nadie le creyera morisco. Una buena espada en un tahalí bien hecho, su escopeta de rastrillo, también muy buena, y que él sabía manejar porque había estado muchas veces en Valencia y en Játiva y en otros lugares donde se usan semejantes armas, y en donde compró aquella llave de su escopeta. Saliendo así de Purchena, y llevando recados del Maleh para que los moros de aquel río no le impidieran su camino, no paró hasta Baza; de allí se fué al campo del señor don Juan, y se llegó á las banderas del tercio de Nápoles. Después contaremos lo que hizo este moro, que es digno de me-

moria, y ahora trasladaremos aquí otro romance, que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro.

Mastredajes marineros  
De Huéscar y otro lugar  
Han armado una Galera  
Que no la haytal en la mar.  
No tiene velas, ni remos,  
Y navega, y hace mal;  
El castillo de la popa  
Tiene muy bien que mirar.  
La carena es una peña  
Muy fuerte para espantar;  
Quien pudo galafata,la,  
Bien sabe galafatar.  
No lleva estopa, ni brea,  
Y el agua no puede entrar  
Sino por escuillon,  
Hecho á costa principal.  
Marinero que la rige  
Sarracino es natural.  
Criado acá en nuestra España  
Por su mal y nuestro mal.  
Abenhozmin ha por nombre,  
Y es hombre de gran caudal.  
Confado en su Galera  
Ya diciendo este cantar:  
«Galera, la mi Galera,  
Dios te me guarde de mal,  
De los peligros del mundo,  
Y del príncipe don Juan,  
Y de su gente española,  
Que te viene á conquistar.  
Si deste golfo me sacas  
Delante pienso pasar  
A la vuelta de Toledo,

Madrid y el Escorial:  
El Pardo y Aranjuez  
Los presumo visitar,  
Y llegar á las Asturias,  
Do otra vez pudo llegar  
Abenhozmin mi pasado,  
Que vino de allende el mar,  
Y poseyó las Españas  
Casi mil años, ó mas.  
Estas palabras diciendo  
La Galera fué á encallar;  
No puede ir adelante,  
Ni puede volver atrás.  
Cristianos la rodearon  
Para habuela de tomar;  
Toda es gente belicosa,  
Con ellos el gran don Juan.  
Comienzan de combatir,  
Y ella quiere pelear  
Sin darse á ningún partido  
Antes quiere allí acabar.  
Fuertemente la combate  
El de Austria sin la dejar;  
Con cañones reforzados  
Comienza á cañonear.  
Poco vale combatir,  
Que es fuerte para espantar,  
Hasta que le arrojan dentro  
Pólvora, fuego, alquitrán,  
Con que la dan cruda guerra  
Y al fin la hacen volar.  
Así acabó esta Galera  
Sin poder mas navegar.

Para manifestar la importancia de la toma de Galera, daremos noticia de los caballeros capitanes y alféreces que murieron y salieron heridos durante el cerco, y en los asaltos que se dieron á su fortaleza.

**Jefes y capitanes heridos:** el marqués de la Fabara, el maestro de campo don Pedro de Padilla. **Los capitanes:** Rui Francos de Buytron, Vilches, Valenzuela, Gomez García de Guevara, de Lorca; don Pedro Zapata, don Pedro de Sotomayor, don Alonso de Luzon, Pedro Ramirez de Arellano, Juarez, don Felipe de Samano, el capitán y sarjento mayor Salante; Lázaro de Heredia, don Pedro de Zambrana, don Sancho de Leiva, don Luis Carrillo, don Diego y don Rodrigo de Mendoza, Francisco de Molina, Torreallas, Salinas, Tordesillas, Salvador Navarro, Francisco Galtero, don Fernando de Silva, don Juan de Benavides, don Juan de Perea, del hábito de san Juan; Juan de Velasco, Pagan de Oria, hermano del príncipe Juan Andrea; Diego Vazquez de Acuña.

**Idem muertos:** don Juan de Castilla. **Los capitanes:** Beltrán de la Peña, Martin de Lorita, alférez mayor de Lorca; Adrian Leonés, de Lorca; Carlos de Antillan, don Antonio de Peralta, Pedro Mendez de Sotomayor, Maqueda, Pedro de Lujan, entretenido; Mendoza, continuo del rey; el capitán de campaña del tercio de Nápoles; el capitán Baltasar de Aranda; don Juan Pacheco, del hábito de Santiago; don Juan de Castañeda; el capitán Zurita.

**Alféreces heridos:** el alférez de Diego Vazquez de Acuña, Tomás Perez de Avia, entretenido; Camarga, Barrios, el sarjento Bustillos, el alférez Tapia, Baltasar de Aranda, Juan Ponce, Barahona, Francisco Riquelme, Boca-negra, el alférez del capitán Valenzuela, el alférez y el sarjento del capitán Peralta.

**Idem muertos:** don Juan de Benavides, Zorita.

#### CAPITULO XXIII.

El señor don Juan llegó á reconocer el castillo fuerte de Seron, y allí le mataron los moros cuatrocientos soldados, entre ellos á su ayo don Luis Quijada. Técanse otras cosas dignas de memoria sucedidas á la parte del poniente.

Acabada de ganar la inespugnable fortaleza de Galera, con muerte de tantos y tan valerosos capitanes, alféreces y soldados, fué necesario que todo el campamento se detuviese allí siete dias por estar lloviendo y nevando continuamente; cosa que pareció de misterio, porque aunque se estaba en el rigor del invierno, no habia llovido una gota de agua durante todo el tiempo del asedio. Luego que el cielo se tornó claro y sereno, y que los caminos se

orearon para que se pudiera retirar la artillería con comodidad, mandó su Alteza que el ejército tomase la vuelta de Baza, quedándose en Huéscar los heridos hasta su curacion. Hubo sin embargo cuatro capitanes de Murcia, á saber: don Pedro Zambrana, Francisco Galtero, Salvador Navarro y don Luis Carrillo, y el alférez don Francisco Riquelme, que aunque estaban mal heridos no quisieron dejar el campo, sino seguir las banderas del señor don Juan, y con su ejemplo salieron después otros muchos capitanes. Pero de todos ellos ninguno estaba herido de mas peligro que el capitán de Murcia, Francisco Galtero, porque la herida le cogia debajo de la barba, no muy lejos de la vena orgánica: este era hermano de Alonso Martinez Galtero, aquel que en la batalla de Verja se habia portado tan valerosamente, que salió todo bañado de sangre de los enemigos que habia muerto por sus manos, y que dió en el mismo dia un consejo tan acertado, que si el marqués le quisiera tomar, se acabara entonces la guerra del reino de Granada. Por desgracia su excelencia, pensando de otro modo, no le tuvo por seguro y pasó por ello facilmente sin pensar bien el caso. Llegando á Baza con su ejército el señor don Juan, supo que don Enrique habia salido desbaratado de la entrada del rio de Almanzora, perdiendo gran parte de su gente, y pesándole mucho á su Alteza determinó entrar por el mismo rio para poner fin á la guerra de aquellos lugares, dejando en todos bastante presidio, y pasar luego á las Alpujarras, juntándose con el duque de Sesá, y no descansando hasta que quedase sofocada toda la rebelion. Ya estaba su Alteza determinado á seguir este plan, cuando recibió cartas del duque, las cuales leyó, y decian así:

«Esclarecido príncipe: he hecho todo lo posible por llegar á las manos con Avenabó; mas el moro lo escusa, y cifra todo su negocio en darme alarmas falsos, y andar siempre tras de mis escuadrones por cansar á los soldados, saliendo á las escoltas para desbaratarlas y robarlas. Si por caso nos hallamos alguna vez en rompimiento de batalla, siempre es en parte donde pueda presentármela á su salvo, junto á la sierra mas fragosa que se halla al paso, porque esta es su amparo; de forma, que andando desta suerte jamás se acabará la guerra. Para que se termine es necesario que vuestra Alteza ande por una parte con un ejército, y yo con otro por estas Alpujarras. Si desta suerte no se hace, hay guerra para siempre: véngase vuestra Alteza por acá lo mas pronto que pueda. Está por los mios Castil de Ferro, adonde se tiene entendido que ha de venir á los moriscos el socorro de Africa. Guarde Dios nuestro señor la real persona de vuestra Alteza muchos años. De Orjiva etc.»

Esta carta apresuró la marcha del príncipe ácia el rio de Almanzora, saliendo luego de Baza con su campo hasta un pueblo llamado Caniles, distante dos leguas; donde se alojó. Allí se dispuso que el señor don Juan saliese con tres mil hombres de á pié y de á caballo para reconocer á Seron, y que el resto del ejército permaneciera en Caniles, donde le dejaremos para decir alguna otra cosa del duque, pues hace ya mucho tiempo que no hablamos de sus cosas.

Dice ahora la historia que Avenabó, como tan interesado, fué uno de los que primero tuvieron noticia de la rendicion de Galera; y considerando que ninguno de todos los demás lugares tenia tanta fortaleza, y que por esta causa la guerra que llevaba adelante el hermano del rey don Felipe no podria menos de parar en daño suyo, lleno de temor, jamas osaba entrar en batalla con el duque de Sesá; divertiale disimulando su cobardia, y solo se ocupaba en ir tras de las escoltas para los presidios. Con este propósito dió gran cantidad de soldados moros al capitán Dali, y le mandó que se apostara siempre en las estrechuras de los caminos para que no se le escapase escolta alguna á la cual dejara de quitar los bastimentos que llevase.

Por su parte procuraba andar cerca de las banderas cristianas, ocupándolas bastante para que no osasen acudir á favorecer las escoltas, y procurar deste modo que el Dali pudiera siempre salir victorioso contra ellas, porque sabia muy bien, que aunque el duque no tenia tanta gente, llevara artillería y gran cantidad de caballos, en lo cual le aventajaba mucho. Así no le osaba esperar ni dar batalla, sino entreterle y fatigarle, para que sus soldados, hartos de los trabajos que pasaban inútilmente por las sierras, desertasen y fuera sucesivamente deshaciéndose el ejército enemigo, hasta el punto que viéndose el duque sin gente se saliera de las Alpujarras y las dejase libres. Pero su excelencia no tenia tal designio, y solo pensaba en acabar la guerra, ayudado del príncipe, como ya se ha dicho.

Por este tiempo salió de Granada una gruesa escolta de cuatrocientos soldados bien dispuestos; y el Dali en seguida se puso en el camino tomando la parte mas secreta para dar sobre ellos de improviso. Avenabó teniendo aviso desto, salió también por el camino de Acequias, que es un pueblo que está sobre el camino de Granada, para que si el duque venia á proteger la escolta, encontrase allí impedimento que se lo estorbara, mientras daba en ella el Dali con los suyos. Con efecto, así que el duque supo la venida de aquella escolta, pensando que traería bastimentos para su real, salió á la parte de Acequias por librarla de cualquier peligro; luego se encontró allí con Avenabó, por lo cual se trabó á deshora una escaramuza cruel entre los dos ejércitos; pero el duque mandó jugar ciertas piezas de campaña que llevaba en el suyo, y por su efecto se retiró Avenabó muy poco á poco, sin mostrar pesadumbre alguna, para que el duque se entretuviera en perseguirle, y entre tanto el Dali tuviese tiempo de habérselas con la escolta y desbaratarla. El valeroso duque, viendo que Avenabó se retiraba, resolvió marchar á un lugar cercano, llamado Poqueira, rodear por allí el monte que era muy alto, y dar en Avenabó por la retaguardia; mas este no inadvertido de semejante industria, se retiró un poco mas adentro. En este tiempo el Dali cayó sobre la escolta de los cristianos cerca de Lanjaron, con tanto poder, que si no fuera por el esfuerzo del buen capitán que traía, llamado Andrés de Mesas, soldado viejo y valeroso, y de don Pedro de Velasco, pariente muy cercano del condestable, á quien por ser buen militar enviaba su Majestad para que reconociese el estado de la guerra de las Alpujarras, y poniéndose de acuerdo con el duque se adoptaran por via de negociacion los medios convenientes de terminar las disensiones con los moriscos; digo que al verse estos dos capitanes tan audazmente acometidos por los moros, animando mucho á los suyos, dieron en ellos con tanto impetu, que se vieron por último los moros obligados á retirarse. Viéndolo el Dali escitaba á los suyos, diciéndoles á grandes voces que se mantuvieran firmes, y que no temiesen á los cristianos que eran pocos; que considerasen cuánto les iba en quitarles los bastimentos que llevaban al duque para su ejército. Con esto cobraron aliento los moros, y volvieron á la batalla con grande ánimo; pero fueron bien recibidos de los cristianos y de ambas partes se trabó una pelea tan reñida, que á don Pedro de Velasco llegaron á tomarle el caballo, y él quedó á pié con la espada y rodela por defensa, obrando prodigios como soldado valeroso.

Poco sin embargo le valiera su denuedo á los cristianos, si la discrecion del duque no les proporcionara socorro en tal apuro, porque como vió su excelencia que Avenabó, después de haberle presentado la batalla, se habia retirado con poca ocasion, pensó desde luego que su ánimo no habia sido otro que entreterle con las apariencias de pelea, enviando por otra parte gente bastante para que diese en la escolta que venia de Granada. En fuerza desta presuncion, mandó que al punto saliesen cuatrocientos caballos de los mejores del ejército, y con ellos otros

tantos peones bien armados, para que tomasen con la mayor diligencia el camino de Granada, hasta encontrar la escolta que venia y que deberían convoyar. Salieron al instante dichos caballos, llevando cada uno á las ancas un peon, y á toda priesa tomaron la vuelta de Granada; mas aun no habian andado una legua cuando oyeron la arcabuceria que andaba entre los cristianos y los moros del Dali. Oyendo el estrépito de la pólvora, y guiados por él al campo de batalla, apretaron el paso y llegaron á tan buen tiempo, que los cristianos llevaban ya lo peor, por ser muchos los moros que habian caído sobre ellos; pero así como vieron estos encima aquel tropel de caballos, hicieron de su gente dos partes, para que la una diese en ellos y la otra en la escolta. Al principio creyeron que la caballería llegaba sola; pero cuando vieron saltar un peon de cada caballo, y que juntos todos acometian gritando *Santiago, Santiago*, no quisieron los moros aguardar mas; y tomando por amparo la escabrosidad de la sierra, desaparecieron repentinamente, y cesó la batalla, quedando de ambas partes algunos muertos; así llegó la escolta al campo del duque, que no fué mal recibida. El Dali fué á juntarse con Avenabó, dándole cuenta de lo mal que le habia salido su intento, y de allí se retiraron todos á Andarax. El duque se fué con su ejército adonde llaman los Alginés, con ánimo de hacer allí alto; y llegando entre Ferreira y Cadiar, junto al rio de Jubiles, al ponerse el sol, se alojó el ejército cansado en el sitio mas fuerte que para su seguridad se pudo hallar, y permaneció allí algunos dias, durante los cuales un valeroso capitán moro, llamado Noabe, con quinientos arcabuceros, se atrevió á alarmar el campo del duque; pero los nuestros desde una emboscada le dieron, á una, tan terrible descarga, que malamente roto pudo escapar de sus manos. Ahora conviene dejar al duque alojado en Jubiles, para hablar del señor don Juan, que estaba en Caniles, habiendo mandado ir á reconocer la villa de Seron, como queda dicho.

Su Alteza llegó con su campo á un lugar llamado Caniles, y allí dió orden de seguir por el rio de Almanzora, dando sobre Seron, Purchena y los demás lugares de aquel rio, hasta que se diera fin á la guerra de Granada. Con este intento salieron tres mil hombres de á pié y de á caballo tomando la vuelta de Purchena, y en el camino se le dió noticia al señor don Juan de que no podia llegarse á aquel punto siguiendo el rio abajo, sin tocar primero por las faldas de Seron, donde habia gran copia de moros, que con buen campo aguardaban que llegase allí. Su Alteza, de acuerdo con los demás capitanes y con su ayo Quijada, determinó que diesen desde luego sobre Seron, al cual punto llegaron el dia siguiente al romper el alba. Maravillóse de ver tan alto é inespugnable aquel puesto, coligiendo que si su fortaleza se ponía en defensa, habia de ser aun mas dificultoso de ganar, y con mayor costa de sangre que la villa de Galera. Los moros, noticiosos de antemano de la venida del ejército contrario, se valieron de un ardid para perderle mas pronto; y con este intento mandaron que las mujeres y las criaturas salieran del lugar, tomando la vuelta de la sierra, y que delante de ellas fuera la mitad de la gente de guerra que tenian, quedándose la otra mitad escondidos en el castillo. Así pues las moras y los muchachos principiaron á salir del lugar llevando delante y detrás dellos una buena tropa de moros, bien prevenidos de arcabuces. Los cristianos que los vieron salir de aquella manera comenzaron á gritar: «á ellos, que huyen, no se nos vayan á la sierra, porque si se van, no tendremos derecho á ellos.» Diciendo esto y considerando que el engaño de los moros pudiera salir favorable á su intento, los cristianos acometieron al lugar por aquella cuesta arriba, y cuando llegaron á lo alto, mas codiciosos de robar que de batallar, se hicieron dos mangas, de las cuales la una siguió á los moros y moras que á su parecer huían, y la otra se metió en el pueblo, y princi-